

reacciona su sensibilidad al misterio de este universo y a las condiciones de esta sociedad. El instinto, la percepción interior, el sentimiento, recobran sus derechos. Pero esta feliz aparición del sentimiento no impide a la literatura el apropiarse las conquistas del naturalismo, guardando su cuidadoso amor a la verdad, su gusto por la observación exacta y la documentación escrupulosa. Ya no es posible a la literatura ignorar la ciencia y pasar adelante; en el estudio del hombre, tiene que inspirarse de los procedimientos científicos, en cuanto su arte especial lo consiente. Esto aparece claro en todo lo que se relaciona con la biología o la psicofisiología. Y para ser social, lo cual es, si bien se mira, su principal propensión, debe también entenderse con la ciencia. En fin, si por azar algún escritor se mostrara demasiado vanidoso de su facultad de escoger y reunir las palabras, la ciencia vendría a recordarle que el psitacismo nos acecha siempre, que la etimología está llena de sorpresas, que no hay medida común, para las ideas abstractas, entre el lenguaje y el pensamiento, y que si alguien dice, por ejemplo, que la caña pensante se estremece en el espacio y en la eternidad, no hay seguridad de que las palabras espacio y eternidad tengan igual sentido, en el momento en que son pronunciadas, para el que habla y para cada uno de los que escuchan. Esto me invita a no hablar demasiado largamente». Habla después de lo que ha constituido el éxito de las letras francesas en el mundo; señala las «importaciones bárbaras» de los últimos días, que tienden a romper la tradición y a desfigurar el ideal franceses, y termina parodiando brillantemente una expresión que venía a la boca de cuantos estaban presentes, famosos políticos, sabios y literatos: «NUESTRA LITERATURA SERÁ FRANCESA O NO SERÁ».

Habla ahora el rosado (dirigiéndose al director de la *Revista Científica*, Ch. Moureu, profesor de la Escuela Superior de Farmacia):

«Nos habéis recordado la evolución

de la *Revista Científica*, y cómo, en sus comienzos, y bajo su primer título, se limitó a la reproducción de ciertos cursos de la enseñanza superior. Entonces se tenía, sin duda, la ilusión de poder vulgarizar las ciencias. Una parte del público pedía quizás la promesa de poner la enseñanza superior al alcance de todos los profanos. Pero ya no parecéis, señor, como no lo han parecido vuestros predecesores inmediatos, forjaros ningún engaño acerca de la posibilidad de tamaña empresa. No es casi posible, en efecto, vulgarizar las ciencias. Vuestros colegas azules no han tenido que vérselas con semejante dificultad: nunca se les ha exigido que vulgaricen las letras. Precisa preparación para comprender ciertos problemas y entender la solución. Las investigaciones se han llevado tan lejos que hay que hacer un enorme esfuerzo para mantenerse al tanto aun de la parte que a uno concierne. El mismo Berthelot me decía un día, desesperado: «Es ya imposible mantenerse al corriente de lo que se hace; el espíritu humano acabará por abrumarse a sí mismo». Acceso de desaliento momentáneo y excesivo, me digo: el espíritu humano no alza sino aquello que puede aguantar. Ciertamente, tiene uno que restringir sus ambiciones; cada vez tiene que especializar más; pero en ello está justamente la razón para mirar lo que se hace al lado y lejos del propio campo»... «Felizmente, lo esencial no es saber de todo—ello no es posible—; lo esencial es poder entrever el alcance y el interés de las cuestiones que uno no ha podido estudiar. ¡Peor para el que no quiera interesarse por lo que no sea de su especialidad! Ante todo, digamos que pierde una parte de dicha, *siendo la felicidad*, si creemos a Goethe, *el desarrollo armonioso de todas nuestras facultades*. En seguida, por fuerte que sea un hombre, por justo que sea naturalmente su espíritu, puede estar seguro de que su juicio se encontrará falseado, a veces, por la estrechez artificialmente adquirida y caramente comprada. Más aún: la originalidad